

REVISTA
DE
VALPARAISO.

PERIÓDICO QUINCENAL

LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS.

DIRECTORA: — ROSARIO ORREGO DE URIBE.

NÚMERO 1.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

VALPARAISO.
IMPRESA DEL MERCURIO
DE TORNERO Y LETELIER.

—
1873.

AAF 3227

cha bien caliente despues de haberla llenado de agua; entonces se observa que la inclinacion se produce de la parte caliente a la parte fria.

Por último, cuando se quiere reproducir completamente el fenómeno de las corrientes marítimas terrestres, se coloca un vaso de hoja de lata calentado por uno de sus bordes sobre una plataforma que jira con un movimiento uniforme, y se reconoce por la indicacion de los pequeños buzos fijados sobre los bordes del vaso, que la corriente tiene exactamente la misma disposicion que sobre nuestro globo jiratorio, no dejando duda sobre la realidad de la teoría que acabamos de esponer.

Todavía tendríamos que examinar muchas presunciones relativas a los cambios que se operarian entre los diferentes océanos, y que hácia los puntos meridionales de los continentes como por los estrechos de Davis y Behring, producirian verdaderas corrientes de cambio; pero la teoría se espone siempre mucho cuando quiere ir mas allá de la observacion de los hechos: en medio de la complicacion de todas las acciones de la naturaleza, es ya una felicidad el haber hallado la esplicacion de hechos bien asegurados. Para concluir, citaremos, sin adoptar su orgullo, estas memorables palabras de Plinio: *Contenti simus inventis, aliquid veritati et posteris conferant.*

«Contentémonos con lo que hemos encontrado y dejemos a la posteridad algo que hacer para el conocimiento de la verdad.»

BABINET,

(del Instituto de Francia.)

ALGO SOBRE PETRARCA.

No sé si el papel elevado que representó Petrarca, y la consideracion europea de que disfrutó durante su larga vida, son mas gloriosas para él o para su siglo. Hemos visto, hemos mostrado, todavía, en otra obra, los defectos de este gran hombre; una sutileza de espíritu que lo alejaba a menudo del sentimiento para arrastrarlo al mal gusto, y una vanidad que siempre le hizo aceptar la

amistad de príncipes crueles y despreciables tan luego como ellos condescendian a adularlo. Pero separándonos de él, fijemos de nuevo nuestras miradas sobre las grandes cualidades que lo hicieron el primer hombre de su siglo: un amor ardiente por la ciencia, a la cual consagró su vida, sus fuerzas, todas sus facultades; un entusiasmo glorioso por lo que ha habido de grande y de noble entre los antiguos en la poesía, en la elocuencia, en las leyes y en las costumbres. Este entusiasmo es el sello de las almas bellas; para ellas el héroe se engrandece cuanto más lo contemplan, mientras que un espíritu limitado y estéril pone a los grandes hombres a su nivel y los somete a su medida.

Petrarca sentia este entusiasmo, no solamente por los hombres que se han distinguido, sino tambien por las cosas que son grandes en sí mismas, por la relijion, por la filosofía, por la patria, por la libertad. Fué el amigo y el protector del desgraciado Colás de Rienzi, a quien la república romana debió en la mitad del siglo catorce su renacimiento y algunos meses de prosperidad. Conoció el precio de las bellas artes como el de la poesía, y contribuyó a hacer conocer a Roma el tesoro de sus monumentos antiguos como tambien el de sus manuscritos. Llevó al amor ese sentimiento relijioso con el cual rendia culto a todo lo que llevaba en sí las señales de la Divinidad sobre la tierra, y vió en la mujer que amaba un mensajero del cielo que le revelaba la belleza. Hizo sentir a sus contemporáneos todo el precio de la pureza en la espresion de un amor que en él era tan modesto y tan relijioso; dió a sus compatriotas un idioma digno de rivalizar con los de Grecia y Roma, cuyo valor les enseñaba a conocer; él hizo flexible y adornó este idioma, le dió reglas, lo hizo propio para espresar todo y cambió en cierto modo su esencia. En fin, esparció sobre su siglo ese entusiasmo por la belleza antigua, esa veneracion por el estudio que renovaron el carácter de ese siglo y que determinaron el de los tiempos venideros.

En cierto modo, en nombre de la Europa reconocida fué Petrarca coronado en el capitolio por el senador de Roma el 8 de abril 1341 y este triunfo, el mas glorioso que haya sido discernido a hombre alguno, no era, sin embargo, desproporcionado con la influencia que este gran poeta ha ejercido sobre las razas que le han sucedido.

ANJELA URIBE.
